

República una violencia quizá más sutil que la de José Antonio, pero no por eso menos efectiva. Y después del 36 la ejercieron, como todos sabemos, frontalmente.

En definitiva, creemos que el acercamiento de Gibson a José Antonio sigue dejando en el alero las cuestiones palpitantes: raíces ideológicas del pensamiento joseantoniano, formación cultural, aspectos personales, etc. Quizá el propio Gibson consiga en posteriores libros rellenar el vacío. Mientras tanto, la búsqueda continúa.

## La vuelta del Mesías

Antonio Santesmases

El proceso de secularización propio de la modernidad implica una autonomía de la razón, que trata de liberar al pensamiento humano de las distintas tuteladas religioso-políticas que lo tenían aprisionado. Frente a la prisión especulativa, absolutista, teológica, idealista, metafísica, se va construyendo una forma de razón crítica, práctica, política, inmanente, histórica. Una razón que trata de iluminar el mundo existente, rompiendo con el oscurantismo del viejo mundo, y captando la verdadera «esencia» de lo propiamente «humano».

Sobre este proceso que tra-

ta de romper con la cristiandad, sobre eso que hemos venido (occidentalmente) en denominar MODERNIDAD, trata el último libro de *Xavier Rubert de Ventós*. Lo primero que quiero decir es que este comentario no va a ser una crítica al uso (ya sé que esta advertencia es bastante frecuente, por lo cual voy a intentar mostrar en qué puntos o aspectos difiere de un trabajo crítico habitual). No es una reseña habitual porque me siento radicalmente impotente para poder «comentar» un libro tan extraordinariamente plural como el que ha escrito Rubert. Por ello, sólo explicitando previamente el tipo de preocupaciones, prejuicios o expectativas que me son más cercanas (pág. 290), intentaré ahondar un poco en las irritaciones y seducciones que el libro me ha proporcionado.

Me voy a referir, fundamentalmente, a la parte cuarta, que versa sobre la relación entre *Filosofía y Poder*. Quizá es la parte más impropia para comentar un libro de estética. La elección está únicamente en función de las expectativas, prejuicios y preocupaciones a las que antes he hecho mención: los temas tratados en esa cuarta parte son los más cercanos a mis intereses y, en alguna medida, a los temas de preocupación de esta revista.

Para Rubert, nuestro enfoque del problema del conocimiento es contrario al planteamiento griego. Los griegos tratan de estructurar el caos, de dar una coherencia, un sentido, una finalidad al mundo polívoco de las sensaciones, vivencias e impresiones que les cercaban y asediaban. Nuestra perspectiva

no es la de dar un significado, un sentido, sino la de intentar experimentar la realidad a pesar de los signos que la envuelven, la revisten, la ordenan, la clasifican, la jerarquizan. Desde este punto de vista, la secularización no implica la iniciación de un mundo sin *Ideales*, de un mundo desencantado ante la muerte de los Dioses, sino que por el contrario, va encarnando en este nuestro mundo el *Imperio del sentido*. Imperio repartido a través de las distintas provincias: sexualidad, educación, política, cultura, que constituyen los ámbitos o espacios de la realidad.

Quizá en el campo político es donde se puede ver y percibir más claramente esta encarnación de los Ideales, esta segunda vuelta del (de los) *Mesías*. Frente al antiguo absolutismo teológico, impositivo, coactivo, inquisitorial, doctrinal, los nuevos fundamentalismos: la providencia, el progreso, la historia, la revolución, son claros sustitutos de los antiguos mensajes salvíficos. Ya se sabe que cuando se inician los movimientos escatológicos suelen anidar no sólo redentores, sino también inquisidores. Esta teologización de los movimientos emancipatorios, esta religiosización de las instituciones salvífico-políticas son las que causan horror, miedo, reticencia a cualquier sensibilidad liberal. A la de Rubert de Ventós, por ejemplo.

El interés del trabajo de Rubert está en criticar no sólo los nuevos (ya «viejos») Ideales encarnados: el partido demiúrgico, la revolución salvadora, sino también los «*universales alternativos*»: la disidencia, la marginalidad, el

judío errante, el loco, la plebe dorada. Es interesante esto porque, yo al menos, aunque no citados en la obra, no he podido dejar de recordar el poder espiritual que debía guiar la nueva sociedad, con el que nos amenazaba el profesor Bueno hace años, a lo mo de la filosofía materialista o la plebe dorada del *Panfleto contra el todo* de Fernando Savater.

En el trabajo de Rubert no tenemos ni mitos del compromiso, ni cultos a la disidencia. Hoy, en plena eferescencia de la nueva derecha, no es poco. Ahora bien, antes de entrar a discutir acerca de la añoranza que la sensibilidad de Rubert parece mostrar por el estado sectorial, o por la democracia formal, conviene preguntarse: ¿toda política globalizadora es un mal sustituto de la religión?, ¿todo modelo revolucionario es necesariamente escatológico?, ¿todos los grupos alternativos (feminismo, ecología, nacionalismo, homosexualidad) son necesariamente mesiánicos o corporativos? Es evidente que Rubert no trata de sostener una tesis, sino de contar una experiencia: el miedo cerval a las instituciones que quieren encarnar la verdad y el bien. La extraordinaria distancia y resistencia a todo intento de universalización, sea de primera o de segunda, sea clásico o innovador, sea institucional-estatal o sectorial-marginal.

Evidentemente, la historia de la humanidad postilustrada muestra que, entre la razón luminosa y la realidad social e histórica del siglo XX, yace toda una sórdida relación de

momentos, de acontecimientos, de procesos a través de los cuales el instrumento de emancipación ha devenido instrumento de opresión y coacción. El problema consiste en plantear si esa transformación ha sido producto del modelo utópico-escatológico de la razón iluminista, o de las circunstancias sociales, económicas, políticas de la historia material de la modernidad. No soy de los que piensa que del humanismo prometeico del marxismo del XIX no quepa inferir ninguna culpa, de sus ausencias, huecos y vacíos doctrinales, ninguna responsabilidad en el proceso, pero lo que me resisto a admitir es que todo modelo utópico lleve implícito, inexorablemente, el campo concentracionario.

De la misma manera, aunque todos hemos escuchado repetidamente la soflama verborreica de los universales marginales, alternativos, de segunda clase, no cabe duda que ni todos los focos de resistencia son subsumibles en el puro mesianismo, ni han ido degenerando en el corporativismo. En este aspecto, considero que no es lo mismo el análisis de Foucault sobre las redes disciplinarias y los focos de resistencia, que las tesis de Touraine o de Gorz (no digamos de Levy o de Glucksman). Frente a los intentos de religiosizar el ecologismo y tratar de recuperar la identidad perdida, en un encuentro virginal con la naturaleza... o de encontrar un mundo no productivo a través del feminismo... o de hablar, por fin, de la verdadera relación erótica a través de la homosexualidad, son extraordinariamente lúcidas las críti-

cas, —vivencias— irritaciones de Rubert.

Pero el problema a nivel político es otro. El de encontrar un modelo que sea, a la vez, negador de la actual esclerosis, parálisis e inhibición de la vieja política establecida, sin sustituir a ésta por nuevas soflamas redentoras, por nuevos sustitutivos mesiánico-milenaristas. No cabe duda que el camino es extraordinariamente difícil, pero la impresión que me da es que el libro de Rubert, en su añoranza por el estado formal que respete los islotes de libertad, por la democracia formal que evite la contaminación revolucionaria del entorno, no hace sino rechazar la vieja-nueva ciudad ideal por la pura razón instrumental del estado gestor, formalmente democrático.

No cabe duda que tal pretensión no es poca cosa. Preferible, no me cabe duda alguna, al mesianismo nacionalista o a la violencia armada, al neofundamentalismo estaliniano o al culto a la disidencia... pero aceptar esa «salida», esa «alternativa» (con todas las comillas que haya que poner a estas expresiones en un libro de estas características), implica aceptar la sociedad programada del capitalismo avanzado, con sus élites dirigentes y sus mayorías silenciosas (testigos de la disidencia y desafección de la política de estado a lo largo de los 70s., según Rubert, que pueden permitir vislumbrar mejor la obra:

No quisiera terminar sin rescatar unas palabras de Rubert, que pueden permitir vislumbrar mejor la obra:

«... existe una experiencia de la realidad que comienza sólo allí donde termina nuestra capacidad de hacernos las cosas a nuestra medida, y de colonizarlas con nuestro saber de promulgar su sentido e institucionalizar su valor» (pág. 289).

Desde esa vivencia que tra-

ta de rescatar, frente al imperialismo del sentido la sensibilidad por lo anecdótico, por lo pasajero, por lo fugaz, por lo precario, lo imperfecto, lo secundario... esta nueva obra de Rubert nos remonta a ese magnífico testimonio de la filosofía española que fue «*Moral y Nueva Cultura*», cuando en plena mitología del

compromiso, la irrealización, la inautenticidad, la pérdida, aparecían como las emociones imprescindibles que nos permitían seguir asombrándonos, experimentando, manteniéndonos vivos, abiertos, vulnerables.

X. RUBERT DE VENTÓS: «*De la Modernidad*». Ed. Península, Barcelona 1980.